

»La desgracia que me habéis revelado es demasiado cierta.

»¡La ruina de vuestra familia no importaría! ¡el desastre que la ha sobrevenido no tiene remedio!

»¡Os estimo mucho y os profeso una amistad sincera! ¡Os deseo el éxito de que sois digno!

»Quisiera conservaros en mi casa, pero hasta esa satisfacción me está prohibida, y no debo ocultaros la razón de ello.

»¡Mi hija os ama!

»¡Confesároslo es daros la mayor prueba de mi confianza en vuestro honor!

»¡Lejos de vos, os olvidará!

»Mi caja está á vuestra disposición.

»El cajero tiene instrucciones.

»Tomad la suma que creáis necesitar para asegurar vuestro porvenir, y, sobre todo, no lo rehuséis.

»Me daríais un gran disgusto.

»Vuestro, siempre amigo.

»SILAS BARKER.»

Marcelo colocó las dos cartas bajo un mismo sobre, lo selló con lacre negro y puso la dirección:

SEÑORITA TRES ESTRELLAS

LISTA DE CORREOS

*Calle de Juan Jacobo Rousseau.*

(France.)

PARÍS.

### XIII

#### Miserias de una abandonada.

La joven que vive confortablemente atrincherada en invierno, en una casa situada en un boulevard ó en una de esas calles anchas en las cuales circula libremente el aire y la luz lo invade todo; que además de eso borda, dibuja ó toca el piano en una sala bien amueblada, en cuyas paredes se ven colgados cuadros de buenos artistas; que duerme de noche en una habitación de alegres colgaduras, y que está mimada por sus padres; las favorecidas, cuya vida no es más que una serie de encantos, de festines, de paseos, de lisonjas, de bailes y de fiestas, ¿han pensado alguna vez, aunque no haya sido más que un instante, en las inquietudes, en los terrores y en el aburrimiento mortal que agobian á una joven de diez y ocho años, que se encuentra sola en París, sin recursos, próxima á ser madre de una criatura que no tendrá más que este abandono, esta debilidad y este aislamiento por sostén?

¿No, no es verdad?

Y después de todo, dirán ellas encogiéndose de hombros: «¿Por qué sucumbió?» ¡Encantadoras personas! ¡Virtuosas señoritas! ¡Infalibles herederas! ¡Deliciosas criaturas!

¿Por qué dejarse deslumbrar?

Sobre todo, ¿por qué creer que el amor, del

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA UDEL  
"ALFONSO RAYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



cual se deja uno prender tan fácilmente, nos ha de traer felicidades sin cuento, cuando no debe ser para vosotras más que un manantial de miserias, de vergüenzas y de lágrimas?

Es verdad que esos jueces femeninos, tan severos bajo la tutela de las madres ó de las tías, dedicadas á la custodia de su virtud, en cuanto puedan deshacerse de la vigilancia que las preserva de las caídas y de las debilidades, lanzadas á través del mundo, sin otro guardián que el marido, responsable de sus actos, escucharán ardientes declaraciones bajo el abanico y correrán á las éitas adúlteras con el ánimo que un bombero acude á un fuego.

¡La falta de la una no excusa la de las otras! Teresa había sucumbido.

Se había abandonado al encanto del amor que había suspirado ante el triste pabellón de la Boca del Lobo, en el cual se entregaba ella á sus meditaciones.

Pero habia muchas excusas para su caída.

El capitán Rolando de Corbiere era uno de esos hombres á los cuales no es posible resistir mucho: tenia en su favor el talento, la elegancia, el prestigio del nombre y la fortuna.

Ella era una pobre niña sin experiencia, y debia sucumbir fatalmente ante aquel atrevido tentador, contra el cual estaba tan poco defendida, que se le aparecía como un ser superior y revelador de un mundo desconocido.

No la defendemos.

Afirmamos solamente que si había pecado, la expiación era superior á la falta.

Cuando estaba sostenida por la presencia de

amigos que no eran mucho más felices que ella, aunque violentándose, se mostraba alegre; pero en cuanto se encontraba sola, en su cuarto, no tenía fuerzas ni para dedicarse á estudios cuya inutilidad comprendía.

Pensaba en la Boca del Lobo, en su país, en su madre, en sus hermanos, en Magdalena y en el cazador de topos.

Pensaba también en su amante y en el trágico fin que éste había tenido.

Su pobre corazón se llenaba de pena, y lloraba.

Sus lágrimas caían sobre el papel cubierto de ensayos que no concluía.

Por otra parte, sus recursos, tan cuidadosamente economizados, se agotaban, y veía con terror llegar el momento en que su bolsillo estaría completamente vacío.

¡Sólo Dios sabe, sin embargo, con qué economía vivía y cuántas privaciones se imponía!

Pero una joven robusta, criada al aire libre de los campos, tiene tales recursos, que su salud se alteraba apenas.

París no había tenido tiempo todavía de ejercer sobre ella su detestable influencia.

Sus hermosos ojos conservaban aún su brillo, brillo que las lágrimas no habían podido apagar; su rostro, pálido, conservaba un poco de su frescura, á despecho del embarazo, que tocaba á su término.

No pedía ni empleo ni trabajo—porque ¿qué hubiera podido hacer?—Pasaba casi todo su tiempo en el estudio de su amigo Krug.

Allí se sentía rodeada de afecto y consolada.



Los Krug se encontraban en uno de esos períodos que los jugadores llaman de vena.

Un drama en verso de Coppée, *Severo Torelli*, atraía á la multitud al O'león, y la señora Krug llevaba, todas las noches, algún dinero á su casa.

El pintor había tenido la suerte de que le hicieran un encargo.

El antiguo guardia del Vaticano había podido dar á su estudio un aspecto bastante agradable, aunque con pocos gastos.

Una estufa de la forma más sencilla, de campana, ardía en un rincón y esparcía un calor suficiente para hacer agradable la estancia en el estudio.

Las sillas más presentables del mobiliario de los Krug esperaban á los aficionados; había un escabel para los modelos, abandonado allí por un artista que había desertado del local; de las paredes colgaban pinturas al óleo de un color indeciso y llenas de polvo, croquis, bocetos, algunas copias que Krug no había podido vender, estaban colocadas acá y allá.

Estatuas antiguas, desconchadas, cabezas de Diosas ó de Césares, se mostraban en los rincones, sobre tablas que el suizo había hecho zócalos y pedestales.

Un prendero hubiera dado quinientos francos por todo, incluso la estufa; el efecto estaba producido sin embargo.

Allí se sentía uno en casa de un hombre de carácter, consagrado al culto del gran arte.

Entre todos aquellos objetos, expuestos á la

vista de los visitantes de aquel estudio desconocido, no los había de tal naturaleza que pudieran seducir á un aficionado moderno, al menos no los hubo hasta fin de marzo ó los primeros días de abril.

En esta época había uno, y de los más notables.

Era el delicioso retrato de una joven sencillamente vestida de negro y ocupada en dibujar un paisaje fantástico en una simple tabla blanca.

¡Nada más sencillo que los accesorios de aquel cuadro, de medianas dimensiones!

La escena pasaba en el famoso taller, cuyas colgaduras no podían entusiasmar á un colorista.

Pero toda la atención se concentraba en la cabeza de la joven.

¡Estaba reproducida con un relieve y un poder extraordinarios!

¡Vivía!

Todo desaparecía alrededor de aquella cabeza, que era una obra maestra.

Krug la había cogido y la había trasportado viva sobre la tela.

Los ojos negros, encantadores de aquel blanco rostro, miraban con una fijeza singular.

Todo aquel rostro encantador ofrecía una expresión de tristeza y de fatiga indecibles.

Una mañana dió Krug la última mano á aquel retrato, y dirigiéndose á Teresa, ocupada en dibujar, á pocos pasos de él, la dijo:

—¡Ea, esto está concluido! ¡Venid á ver que os parece!



El modelo se quedó mudo de admiración, pero de admiración sincera, ante su propia imagen.

Era su retrato y le parecía hermoso como los cuadros del Louvre, cuyo esplendor tanto la admiraba.

—¡Y, veis la fatalidad!—repuso el pintor,— ¡es demasiado tarde para la Exposición!

—¡Qué triunfo habiérais obtenido!—murmuró la joven.

—¿Quién sabe? Tal vez me hubiera llevado chaco; ¡acaso no lo hubieran admitido!

—¿Por qué?

—¡Porque hay tantos que intrigan, que solicitan, moviendo todo lo que se puede mover!

La señora Krug entró con una cesta al brazo: llevaba algunas provisiones para el almuerzo.

Krug la llamó con un gesto y la mostró el cuadro.

—Sí, no está del todo mal—dijo ella con indiferencia.

No dijo más.

Pero se comprendía que hubiera querido añadir:

—¿Qué adelantamos con eso?

Su aversión á la pintura se traducía raras veces por palabras: era representada por gestos, encogimiento de hombros, contracción de los labios y alguna evasiva cuando su marido la decía:

—¡Mira!

—¡Está bien! ¡Déjame!... ¡Tengo otras cosas que hacer!—contestaba.

Esta vez, sin embargo, estaba él tan satisfecho, que insistió tímidamente:

—¡Míralo!

—¿Qué quieres que mire? ¡Es un retrato como otro cualquiera!

—Está bien, ¿eh?

—¡Sí, muy bien!... ¡Supongo que no querrás decirme que no se ha visto nunca cosa semejante!

—No pretendo eso, pero...

La señora Krug se volvió hacia Teresa:

—Ella sí que es admirable. ¡Has tenido suerte en tener una cabeza como esa de modelo!

Krug lanzó á su discípula una mirada desgarradora, la mirada del génio desconocido.

Aquella mirada la decía:

—¡Veis! Ni aun la aprobación de mi mujer. Y queréis la de los demás?

Dejó la paleta y los pinceles al pie del caballete, se echó hacia atrás su gorro griego y se sentó ante el retrato de la joven, con la cabeza entre las manos.

La señora Krug fué al lado de Teresa, y cambiando de tono la preguntó con cariño:

—Y vos, ¿cómo estais?

La joven movió la cabeza.

—No muy bien, ¿verdad?—repuso la suiza.

—¡Oh! no.

—¿Cuándo llegará eso?

—No sé... ¡Muy pronto!

—Será preciso ver... que os informeis...

—Sin duda, ¿pero cómo?

—¿No conocéis á nadie?

—¡A nadie!



—Lo mejor será ir al hospital. La suiza había pronunciado esta palabra con mucha vacilación.

La joven se puso pálida como la cera.

La señora Krug se asustó, y cogiéndola las manos la dijo:

—¡No os vayáis á poner mala por eso!... Yo bien sé que la idea de verse en el hospital impone siempre, pero allí no se está mal, y en París no se puede hacer otra cosa. ¡Está todo tan caro!... Sería preciso pagar á una partera, tener persona que os cuidara, y aun así no estaríais bien cuidada... Y después tendríais que ocuparos de la criatura. ¿Qué vais á hacer de ella?

—¡No lo sé; pero no pienso más que en ella! —murmuró Teresa.

—Nosotros os tendríamos aquí con mucho gusto, pobre amiga mía; pero nadie podría cuidaros más que yo... Los hombres no entienden de eso, y yo tengo que ocuparme de mi hija que está enferma y me tiene muy intranquila... Hoy no tiene ni aun fuerzas para levantarse. En el hospital estaréis bien cuidada, nada os faltará... ¡En la Maternidad ó en la Clínica, no sé en cuál de los dos! Es preciso que os informeis de las condiciones... Yo iré á veros. Allí no estaréis abandonada... Os queremos bien, ya lo sabéis... ¡Si fuéramos ricos!...

La mujer del pintor se expresaba con gran viveza.

Teresa comprendía en el fondo que aquella mujer tenía razón; pero una repugnancia in-

vencible, un disgusto insuperable se apoderaban de ella al pensar en el hospital.

Era preciso, no obstante, vencer aquella aversión, desechar aquel disgusto.

—Está bien—murmuró Teresa—me informaré, veré.

—No está lejos de vuestra casa... Es cerca del boulevard San-Germán y de la Escuela de Medicina.

Krug, que las había estado escuchando, se levantó y dió algunos pasos por el estudio. Después se colocó delante de su cuadro con los brazos cruzados sobre el pecho, murmurando con cierta pesadumbre.

—¡Una joven tan buena como ella en el hospital! ¿Es posible? ¡Qué lástima!

Y volviendo del retrato al modelo:

—Mi mujer tiene razón—dijo—allí estaréis mejor.

Y repitió como su mujer:

—¡Ah! ¡Si fuéramos ricos!

Pero no lo eran.

Teresa se marchó á las doce, en el momento en que la familia Krug se disponía á almorzar á pesar de los esfuerzos que hicieron para retenerla.

En el camino las palabras hospital, Clínica, Maternidad, que no comprendía más que vagamente, zumbaban en sus oídos como un eco fúnebre. Esta era á su parecer la etapa más lamentable del camino doloroso en que destrozaba sus pies.

Pero ya no tenía un minuto que perder.

¡Había caído en él ella, la hija de los Monta-



rón, cuyas posesiones en otro tiempo no tenían límites, ella cuyo amante se llamaba Rolando de Corbiere!

Su hijo sería el hijo del capitán, sin embargo; ella no había amado jamás á nadie, más que á él; se había entregado en un momento de locura, sin reflexión, sin cálculo, y los dos habían pagado su falta: él con la vida, ella con la miseria y el abandono.

Tuvo una idea en el camino: quiso ver la casa de su amante.

Estaba cerca de la calle de Santa Dominica entró en ella, y pronto se encontró delante de un magnífico portal, encima de cuya entrada se veían las armas de los Corbiere y sobre ellas una corona.

A derecha é izquierda se veían algunos edificios dependientes de la casa. La puerta estaba abierta y permitía ver en el fondo del patio principal la imponente fachada que parecía insultar con su opulencia á su miseria.

En el momento en que parada en la acera, enfrente del portal, examinaba todo aquello con tristeza, un cupé que llegaba al trote largo, acertó la marcha cerca de ella y giró para entrar en el patio.

En el cupé vió distintamente dos mujeres y reconoció la cara altiva y dura de la condesa, y al lado de ésta las facciones encantadoras y dulces de Fernanda.

Esto fué en el espacio de un segundo.

El cupé atravesó el portal al trote de los caballos, que piafaban, y á lo lejos, abajo, al pie de la escalera alfombrada, vió á las dos muje-

res apearse del coche, en tanto que un lacayo tenía respetuosamente abierta la portezuela del coche.

El corazón de la pobre joven se oprimió.

Aquella mujer, que la hubiera aplastado sin piedad, era, sin embargo, la abuela de su hijo, y si se hubiera decidido á pedirla socorro, hubiera hecho que la echara de allí, como si fuera una mendiga, aquel lacayo.

La otra era la hermana de su amante, la señorita Fernanda de Corbiere: ésta tal vez la hubiera escuchado, pero jamás pensó en recurrir á ella.

Hubiera preferido echarse al agua.

Sin embargo, su bolsillo estaba tan ligero, que vacilaba en sacar dinero para comprar pan. Llevó la mano al pecho; sentía desfallecimiento: la dolía el estómago.

¡Tenía hambre!

Desde hacía algunos días economizaba hasta lo necesario.

No tenía en su casa ni fuego ni provisiones de ninguna especie.

Lanzó una última mirada á la opulenta estancia, cuya vista reavivaba sus dolores, y se dirigió con paso incierto y vacilante hacia su casa.

Cerca de la plaza de Saint-Germain-des-Prés entró en una panadería y vió con sorpresa y hasta con terror que no la quedaban más que unos veinte francos de los cuatrocientos que tenía al salir de la Boca del Lobo.

Cuando entró en su casa, pasó por delante de la portería.



La portera la vió.

—¡Qué pálida estáis hoy!—la dijo.—No os encontráis bien, ¿eh?

—¡No muy bien!

—¡Os estenuais trabajando en vuestros dibujos! ¡Os pasáis horas enteras inclinada sobre una mesa!... ¡Eso no es bueno para una mujer en vuestro estado, sobre todo ahora!... Es preciso moveros, pasear, y sobre todo comer... ¡Estoy segura de que no habéis pensado siquiera en eso!... ¿Qué traéis ahí?

—Pan.

—¿Y qué más?

—¿Qué más?—dijo Teresa poniéndose colorada.—¡Nada más!

—¿Hace muchos días que hacéis eso?

—Sólo esta mañana, que he olvidado comprar otra cosa... Los Krug querían que me quedara á almorzar con ellos, y temí molestarles... Y después no me he acordado... Voy á comprar algo...

—¡No os molestéis!—dijo la portera.—¡No seáis orgullosa, ea! ¡Almorzad conmigo! ¡Voy á contaros muchas cosas!...

—¡Pero!...

—¡No andéis con escrúpulos de monja!... ¡Ya sabéis que se os dice de corazón!...

—Sí, sí...

—¡A menos que no querráis aceptar un modesto guisado en casa de vuestra portera!...

—¡Oh! ¡Señora Guignard!...

—¡Pues bien, quedaos!

Teresa cedió.

Se sentía mortificada por el hambre: el ham-

bre es una tortura á la cual no resisten ni las naturalezas más fuertes, y además la portera decía las cosas tan de corazón que no se atrevió á negarse.

—¡Sea—dijo,—puesto que así lo queréis!

—¡Enhorabuena!

La portera puso en una mesita una servilleta á guisa de mantel, dos platos y dos cubiertos.

Trajo también una botella de vino diciendo:

—¡Es bueno; es un regalo del señor Quillet, que no es mal hombre; lejos de eso! Su antecesor me daba cuatrocientos francos al año, y él me aumentó en seguida hasta seiscientos, y de cuando en cuando me da un billete de cincuenta francos. ¡Dice que es para que hierva el puchero!

Cuando estaban almorzando las dos tranquilamente, la portera reanudó la conversación diciendo:

—El señor Quillet no está contento de los Krug.

—¿Por qué?

—Por causa vuestra. Dice que el pintor os dá malos consejos; que para ganar algo con ese oficio, necesitareis años de estudio, y que aun así os costaría trabajo ganar para vivir, si no os morís antes de necesidad.

La portera echó vino en el vaso de su convidada.

Esta la escuchaba atentamente y no estaba lejos de creer que el señor Quillet tenía razón.

—En fin—dijo Teresa,—¿qué es lo que el



señor Quillet cree que yo podría hacer, señora Guignard?

—¡Oh! por ahora nada.

—¿Pero después?

La portera cerró los labios y movió la cabeza.

—¡Tampoco lo sé, porque como no conoceis ningún oficio! ¡Pero ya se verá!

Se interrumpió diciendo:

—¡Ah! he tenido una visita esta mañana. Adivinad de quien.

—¿Del señor Escoubere?

—Justamente. Llegó á eso de las nueve. Venía á ver si había alguna carta para él. ¡Qué cambiado está! ¡No es ni su sombra! ¡Y todavía quería hacerme creer que toma las cosas con calma, pero yo le dije: «¡Ya sabéis que yo no creo eso; he visto demasiado en este mundo! ¡El pobre está desfigurado, tiene los ojos hundidos como si hiciera ocho noches que no duerme!

Teresa preguntó:

—¿Y tiene alguna noticia?

—¿De su mujer?

—Sí.

—Ninguna, á lo que creo. Sin embargo, él se las promete muy felices, y dice que está sobre la pista... ¿Pero de qué puede servirle eso? El no tiene un céntimo, y si el otro es rico, figuraos lo que sucederá. Además, ella no le quería, y aquí para entra nosotros no congeniaban.

—¡Pobre hombre!

—¡Os quiere mucho; hubiera querido veros

lo sintió mucho cuando le dije que habíais salido! ¿Tomáis café?

Como queráis.

—Está hecho, y eso sostiene. ¡Vos tenéis verdadera necesidad de esto!

Sirvió el café y siguió charlando.

—¡Querida mía—dijo con interés,—yo no sé qué hacéis á las gentes, que en cuanto os ven se interesan por vos! A mí me pasa lo que á todos los demás. El momento se acerca; ¿qué vais á hacer?

—No lo sé; estoy perpleja.

—Para una mujer sola, lo mejor es ir al hospital.

Teresa lanzó un prolongado suspiro.

—¡Es verdad, os preciso!... ¡Los Krug han hablado ya de eso!... ¡No hay otro remedio!

—¡Tenéis una suerte!... ¡Es cerca de aquí!

—¿Estáis segura de ello?

—A dos pasos.

—¿A quién debo dirigirme?

—Al médico... Primero debéis ir á la visita por la mañana, creo que es de nueve á once.... Nos informaremos... La Clínica todo el mundo os dirá dónde está... Allí os dirán lo que tenéis que hacer y cuándo debéis volver. Eso es sencillo. Solo que es preciso no tener miedo. Estad tranquila... Hay otras muchas, no estaréis sola...

Las dos mujeres hablaron largo rato.

La portera trató de animar á su pobre inquilina, que parecía agobiada.

Lo consiguió sin duda, porque cuando Teresa salió de la portería estrechó la mano de la



buena mujer con efusión de agradecimiento y subió la escalera con paso ligero como si se sintiera aliviada de un gran peso.

Cuando entró en su cuarto, examinó con un ligero movimiento de orgullo sus bocetos y se dijo:

—¡El señor Quillet tiene razón! ¿Para qué intentar inútiles esfuerzos cuando los verdaderos talentos no llegan á ganar para vivir.

Y su espíritu se fijaba sobre esta palabra con una extraña persistencia como en una alucinación.

—¡Vivir!

A esto la era preciso tender únicamente. ¿Tenía derecho á abrigar otras ambiciones lejanas, ahora que iba á tener la carga del ser que reclamaba su protección y cuando no podía contar ella con ninguna?

Hizo sus cálculos con minuciosidad.

Contó los días que necesitaría para reponerse, para encontrar una colocación modesta, por modesta que fuese y comprendió que tenía que recurrir á alguien, porque con veinte francos que la quedaban no podía tener para mucho.

En seguida pensó en su buen amigo de Sologne.

Sólo á él podía decírsele todo.

Y se puso á escribir lo que sigue.

«Mi buen amigo:

»No os he dado noticias mías desde que sali del país.

»Esperaba á poder dáros las buenas; pero veo que es preciso renunciar á eso por mucho tiempo, desgraciadamente!

»En primer lugar, en mi estado, no he podido ir á ofrecer mis servicios á las casas en donde hubiera tenido alguna probabilidad de encontrar colocación, de no estar como estoy.

»Comprenderéis bien esta razón.

»Debía, pues, esperar á dar á luz.

»El día se acerca.

»Dentro de pocos días, de pocas horas, tal vez, tendré un hijo y seré sola para sostenerle, para educarle.

»Desde mi llegada á París he trabajado mucho y no he ganado nada, porque me he dedicado á estudios que tendrían que durar mucho tiempo aún y que yo no puedo continuar.

»Me veo obligada á renunciar á ello.

»Hubiera sido feliz sin embargo, en llegar á ser lo que llaman un artista.

»Tal vez hubiera podido llegar á serlo.

»El profesor que he encontrado aquí, que es un gran pintor, dice que tengo lo que se llama vocación.

»Pero sería una quimera concebir por ese lado la menor esperanza.

»En París hay una multitud de artistas de los cuales la mayor parte saben todo lo que se puede aprender y sin embargo, solo algunos, muy pocos, llegan á la celebridad y á la fortuna.

»De modo que sería una locura luchar.

»Debería buscar por otro lado medios de subsistencia.



»¿Dónde? ¿En los almacenes y talleres de costura, por ejemplo?

»No conozeo á nadie en París, y, sola, y en mi estado, me hubiera sido muy difícil encontrar donde me admitieran.

»Una vez que haya dado á luz, tendré necesariamente que ocuparme de algo en que honradamente pueda ganar con que vivir y pagar á la nodriza.

»Ya me conoceis no me arredrará el trabajo.

»¡Muchas lágrimas me habrá costado esa criatura, y muchas penas, de las cuales la principal fué la de abandonar á todos los que quiero y nuestra pobre y querida, Beca del Lobo, en donde era tan feliz entre todos!

»¡Cuando se vive sola, en una guardilla como la mía, es cuando más se siente la necesidad del afecto que nos falta.

»No lo digais, amigo mio, pero lloro sin cesar al pensar en mi buena madre, en mis hermanos y en vos.

»¡Sobre todo os suplico que no digais esto á nadie!

»Dejo por unos días la casa en que vivo, comprendereis el motivo de esta ausencia. ¡No puedo franquear sola el triste paso que tengo ante mí!»

Se detuvo.

—¡Si le dijese que voy á entrar en el hospital—pensó—vendría á París y me llevaría á la fuerza á casa de mi madre! ¡Pobres gentes! ¡Estoy segura de que me perdonarían! ¿Pero cuándo volveré á verles? ¡Jamás acaso!

Continuó su carta suspirando.

«Después no sé á donde iré.

»Llego á la súplica que tengo que haceros.

»¡Vais á decir, mi pobre amigo, que mi carta no tiene otro objeto y que os escribo por interés!

»¡No lo creais! ¡Todos los días pienso en vos y en mi familia, y más de una vez desde por la mañana hasta la noche!

»¿A quién he de querer, sino á todos aquellos que tan buenos han sido para conmigo?

»Quisiera volver á veros, pero más adelante, cuando el tiempo haya borrado los recuerdos, demasiado recientes aun.

»Espero que llegue un día en que tengamos esa dicha y olvidemos los desastres que sobre nosotros han caído.

»Yo haré todo lo que pueda por separarlos, y si no lo consigo, tal vez alguno de nosotros, Marcelo ó Guillermo, tengan más suerte.

»Entretanto, es preciso vivir, y París es un antro que todo lo traga.

»No me quedan más que veinte francos de la cantidad que sacrificastéis por mí.

»He pensado que con cien francos podré esparar la vuelta de mis fuerzas, y probablemente entonces encontraré con facilidad una colocación, aunque sea modesta.

»Si podéis dármelos, me haréis un gran favor.

»A otro cualquiera no se los pediría, aunque me muriera de hambre. A vos me dirijo con confianza.

»Escribidme á la lista del Correo central y dadme noticias de casa.



»¿Qué es de mi madre? ¿Tiene mucha pena?  
¿Y Pedro? ¿Y Magdalena?

»¿Se sabe algo de Guillermo y de Juan?

»¿Ha escrito Marcelo?

»Sobre todo, no digáis nada de mí, sino que trabajo con ardor, que espero salir de apuros, y que mi salud no es mala.

»¡Adiós, mi bueno y querido amigo! ¡Qué día tan feliz será el en que entremos todos en la casa, llevando cada uno nuestra parte para levantarla de sus ruinas!

»¿Pero llegará ese día?

»¡Os envío muchos abrazos para todos!

»TERESA.»

Puso el sobre: *Al Cazador de Topos, en Saint-Maximin, distrito de Romorantin (Loire-et-Cher)*, y á eso de las cinco salió y fué á poner la carta en el correo.

A la vuelta se sintió tan cansada, con las piernas tan doloridas y la cabeza tan pesada, que pensando en los consejos de la señora Krug y de la portera se dijo:

—¡Tienen razón! ¡Ya no tengo un momento que perder! Iré mañana.

#### XIV

##### La pista de Escoubere.

La señora Guignard no había contado á su invitada nada que no fuese verdad.

El horizonte empezaba á aclararse para el corista.

La casualidad le había proporcionado al fin el indicio, el hilo de Ariadna que buscaba en vano desde la fuga de su mujer.

Siguiendo los consejos de su amigo Brossois, que le veía con pena desmejorarse y sumergirse cada vez más en sus penas, se había decidido á adoptar una táctica más á propósito que la que él seguía hasta entonces, corriendo locamente y sin método de un extremo al otro de París.

Convencido de que sería en vano tratar de curar á su amigo de una pasión que estaba, por decirlo así, en la masa de su sangre. Brossois le habló así:

—¿Quieres encontrar á tu Elena?

—Sí.

—¿Tú supones que su amante es rico?

—Lo es.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente.

—¿Luego él ha debido dar todo lo que un hombre rico ofrece de ordinario á su querida?

—Cierto.

—¿Un hotel?

—Tal vez.